

Érase una vez una montaña bajita y gorda
Érase, la misma vez, otra montaña alta y delgadita.
Érase en la misma historia un puente viejo que colgaba entre ambas.

En lo más alto de la montaña bajita y gorda había una casa y un árbol,
un camino de vueltas por dentro y un bolsillo que guardaba un secreto.
En lo más alto de la montaña alta y delgadita había dos casas y una bicicleta,
un camino de rectas por dentro y un bolsillo que guardaba un secreto.
De lado a lado había un tendedero de ida y vuelta para las dos casas, y ropa tendida.
Una nube en el cielo, y en el suelo, el mar, a las montañas rodeando.

Él se levantaba cuando ella dormía.
Ella amanecía cuando él se acostaba.
Él soñaba montando en la bicicleta.
Ella bajo el árbol bailaba descalza.

En la casa de la montaña bajita y gorda, ella se levantaba muy de madrugada y encendía el fuego para el café. Después de tomarlo, bajaba por las escaleritas de la casa, aquellas que iban por dentro de la montaña. Eran unas escaleritas que daban vueltas y vueltas, primero grandes y luego cada vez más pequeñas, y una tras otra, cada vez en la tierra más honda. Al final de la escalera había un hueco donde se escuchaba el silencio sereno, y dentro, un bolsillo que guardaba un secreto: un cachito de tela que un día había encontrado, y junto a ella, la palabra escrita en un trocito de papel, de un eco que había escuchado.

Al desandar el camino de vueltas de lo pequeño a lo grande volvía a la casa. Salía a la puerta. Miraba al cielo. Una nube. "Hoy no lloverá", -se decía. Tendía la ropa. Y bajaba corriendo hasta el gran árbol y allí, bailaba descalza con aquel secreto en el alma.
Al llegar la noche, recogía la ropa, en casa se comía el puchero y mirando el cielo, esperaba el sueño.

Todavía con estrellas sobre la montaña alta y delgadita, justo antes de amanecer, él salía a recorrer caminos en bicicleta. Era entonces cuando pensaba, y al volver a casa, bajaba y bajaba unas largas cuestras cada vez más pequeñas, más hondas en la tierra, por los interiores de la montaña, hasta llegar a un hueco donde se escuchaba el silencio sereno, y dentro, un bolsillo que guardaba un secreto: un cachito de tela que un día había encontrado, y junto a ella, la palabra escrita en un trocito de papel, de un eco que había escuchado.

Cuando desandaba el camino de rectas de la pequeña a la grande hasta llegar a casa, salía a la puerta, miraba al cielo, una nube, "hoy no lloverá", -se decía, tendía la ropa y se iba a pescar al otro lado de la montaña. Con suerte habría algo para cenar.

Todo esto sucedía en el mismo presente en el que gira la Tierra para que el Sol y la Luna se sucedan y dar el día relevo a la noche al dar la vuelta.

Pero cosas que pasan y que no son tan raras... la Tierra dio una vuelta más lenta, el Sol se levantó tarde y la Luna no quería acostarse.

Aquella noche, en la montaña bajita y gorda, ella no pudo dormir. Salió de casa a contemplar las estrellas esperando que cayera una fugaz. Miró el tendedero y había ropa tendida.
-Yo recuerdo haber recogido la ropa, -se dijo, ¿cómo es que hay ropa tendida?

Empezó a tirar de las cuerdas y mirando cada prenda, exclamaba:

-Este calcetín no es mío. Esta sábana no es mía. Estos calzoncillos no son míos. Estos pantalones tampoco.

Así de desconcertada entró en casa con todo y se sentó en una silla.

En la montaña alta y delgadita, él volvía de pescar, dispuesto para la cena, pero había primero que recoger la ropa tendida. Su sorpresa fue que en las cuerdas no había nada:

- ¿Dónde está mi ropa? ¿Se habrá caído, se la habrá llevado el viento?

Él en su casa pensaba y no entendía.

Ella en la suya doblaba la ropa recogida. Ya sabía.

Aquel viejo puente siempre había estado allí. Ella lo conocía bien, así que se dispuso con el hatillo de ropa a cruzarlo.

Muerta de miedo.

La nube llovió desde el cielo y el mar, desde el profundo acantilado, embraveció tanto, que llegaba a mojar sus pies descalzos. Ella miraba al cielo y al suelo, y seguía caminando.

Ya en el otro lado, una luz a lo lejos le guió los pasos.

Pegó en la puerta. Empapada. Con el hatillo a la espalda.

Él abrió. Sorprendido. Miró la cara empapada y el hatillo a la espalda.

La invitó a pasar al fuego y a pescado.

-¿De dónde vienes, cómo has llegado?, -preguntó él.

-Del otro lado, de una montaña bajita y gorda donde hay una casa y un árbol. Me ayudó el miedo porque tuve que enfrentarlo, la nube que al llover confundió mis lágrimas y las transformó en canto, el mar que me hizo creer que el suelo no estaba tan lejos... y el puente viejo, que en sí mismo dice que hay dos lados.

-¿Y qué ha pasado?

-¿Quién sabe? Creo que mi secreto me trajo. Al recoger la sábana vi que le faltaba un pedazo. Es el cachito de tela que guardo en el bolsillo del hueco de la montaña bajita y gorda, abajo, abajo, junto a una palabra escrita en un trocito de papel, de un eco que una vez había escuchado. Lo siguiente que recuerdo fue verme en el puente viejo, andando.

-Ahora ya sé por qué siento que te conozco. Y es que en el bolsillo del hueco de la montaña alta y delgadita, abajo, abajo, guardo un cachito de tela de tu vestido, y junto a ella, una palabra escrita en un trocito de papel, de un eco que una vez había escuchado.

Ella y él se dijeron sus palabras y es como si el puente viejo hubiese querido juntarlas.

Más allá hay otro + Te estoy esperando.